

BIBLIOGRAFÍA

acaba apareciendo un círculo vicioso, un regreso al infinito, o un comienzo *decisionista*. Las matemáticas tampoco quedan a salvo de esta aporía, al tener que seguir recurriendo a un axioma de *elección*, unido a un principio de *inducción* matemática. La única diferencia, según esta filosofía crítica, es que la localización de estas paradojas y trilemas permite localizar el *núcleo fuerte* que está inserto de un modo “a priori” en el interior de todo formalismo matemático, por ser el principio incondicionado de su propia autofundamentación simplemente *decisionista*, de un modo similar a como por ejemplo ha ocurrido últimamente con los *programas de investigación científica* propuestos por Lakatos (pp. 154 y 168). Por ello Hilbert siempre mantuvo una triple relación arquitectónica entre la lógica, la teoría de conjuntos y la aritmética, sin dar una primacía a ninguna de ellas en la fundamentación de la matemática. Más bien las sometió a unos “axiomas del pensamiento” (“Axioms des Denkens”), que se afirman como el principio último de toda forma de saber (pp. 72-75).



Carlos Ortiz de Landázuri

Polo, Leonardo: *La persona humana y su crecimiento*, Eunsa, Pamplona, 1996, 264 págs.

La reflexión sobre el hombre ha seguido un rumbo errático. ¡Ha pasado tanto tiempo desde que el profundo Sócrates, que dio la espalda a los jonios y a su afán por lo lejano para investigar lo próximo, pusiera sobre la mesa la necesidad urgente de estudiar en serio al hombre! Desde aquel día ya remoto hasta el pensamiento débil, con su credo antropológico del hombre sin convicciones, pensadores y filósofos se han despachado a su gusto sobre la *esencia del hombre*. El Medievo inexplorado lo ve como un ser inquieto, con un deseo de saber grande y por todo lo alto, al que mueve el gran estímulo, la incitación más intensa que azuza a la inteligencia, de formular a las claras el sentido radical de la existencia del hombre cuando es la Revelación la que preside su vida. El Renacimiento fértil, fiel al antropocentrismo, lo pone majestuoso en medio del universo como soberano olímpico. Kant considera que encierra un misterio de cuidado. Es tan inmenso su enigma, el secreto más secreto que hay de tejas para abajo, que descifrarlo daría respuesta a

BIBLIOGRAFÍA

cuantas preguntas inquietan al pensamiento. Con Darwin entra en la historia el periodo de rebajas. (Algunos lo empiezan antes: con el físico Copérnico y su teoría heliocéntrica). No debe ufánarse el hombre, se empieza a decir ahora, de su puesto singular entre los demás vivientes. A fin de cuentas procede, como todo lo demás, de una materia plebeya. El hombre no es más que un mono que ha tenido mucha suerte y que ha entrado con buen pie en la historia evolutiva. No para aquí ni con mucho el celo devaluador. Hay que herirle el amor propio y hacerle que muerda el polvo. Freud es el que coje el testigo que le pasa Charles Darwin. Él lo pondrá por los suelos. Ni es centro del universo, ni su origen es divino, ni es el dueño de sí mismo. El hombre es un monigote, un títere ensoñador convencido de que lleva las riendas de su existencia, que manejan a su gusto ciegas fuerzas inconscientes. La devaluación del hombre no ha parado desde entonces. Un estadio intermedio que se debe superar, depredador insaciable, destructor del medio ambiente, verdugo de la poesía, artista de la barbarie, un ser arrojado al mundo cuyo destino es la muerte. Esas son algunas perlas que se han dicho en nuestros días. Y siguiendo en esa línea, como triste corolario, se ha llegado a declarar que el hombre es un ser que ha muerto.

Este panorama negro ofrece por el momento el saber antropológico. Muy pocos se han atrevido, ¿les ha faltado valor, se han sometido a la moda, no han sabido cómo hacerlo?, a presentarnos al hombre como persona admirable llamada a crecer sin coto en ascenso interminable y en desarrollo continuo buscando la perfección. En este punto concreto, y también en otros muchos, el nuevo libro de Polo es una obra admirable. Es una obra fantástica de esas que el talento humano crea muy de vez en cuando, como los versos de Rilke o las *Partiten* de Bach. Nada humano queda fuera de la esfera de interés del pensador penetrante. El sentido del dolor, la vida buena anhelada, el subjetivismo en boga, hacer más humano el mundo, verdad como inspiración, la tendencia maniática a abultar lo necesario, modalidades del tiempo, cristianismo y personalización: esos son algunos temas de los que trata la obra. Pero lo más valioso de este libro valioso, como ya promete el título, es el estudio admirable que ofrece de la persona. ¿Qué significa persona? Si hay misterios insondables, el de la persona humana es de todos el más grande. Pues Polo lo hace sencillo. Su pensamiento ilumina el enigma personal. El lector comprobará leyendo pausadamente estas páginas grandiosas de filosofía profunda cómo se aclaran problemas sobre los que tantas veces se corre un tupido velo o se miran de soslayo sin

BIBLIOGRAFÍA

atreverse a encararlos. Sólo diré algunas cosas, las pocas que me permite una reseña sucinta. El lector descubrirá por su cuenta lo demás.

La persona es más que el yo (p. 27). Es el piloto rector, es el centro directivo, que dispone de sí mismo y moviliza su ser con toda las propiedades y atributos que lo adornan. Es individuo indiviso capaz de salir de sí y establecer relaciones con el universo entero (p. 23). No se halla como el galápago metido en su propia concha. El medio le sabe a poco y se aposenta en el mundo. Se levanta sobre sí y trasciende a la realidad, al otro, al universo y a Dios. La persona es novedad, algo nuevo bajo el sol, sorpresa y renovación: la única novedad que nos ofrece la historia (p. 73, 113). Y es capaz de iniciativa, un ser donante, efusivo, que se irradia y se derrama y se entrega sin perderse. La persona es coexistencia porque, igual que la belleza, que congrega iluminando, reúne a su alrededor a individuos separados (p. 74). La persona abre un entorno alrededor de sí misma que hace posible el diálogo. Es, pues, un ser dialógico que se manifiesta hablando y aprende escuchando a otros. La persona es un ser íntimo, es la identidad de un quien, lo más radical del hombre (pp. 155, 157). Es el ser insospechado, admirable, sorprendente, singular, irrepetible. El interés egoísta no es lo más definitivo de su ser beneficiario. Lo suyo es la aportación: llenar de bienes el mundo y las almas de los otros. Dar y dar a manos llenas y enriquecer este mundo con su presencia soberbia. Hasta se puede decir, viendo su ser excelente, que no pertenece al mundo (p. 155). La ética es ética humana si es ética de la persona, pues su tarea principal es promover la dignidad (p. 70). Alcanzar tras mucho esfuerzo la humanidad como fin sólo le es posible al hombre cuando actúa en correspondencia con la condición humana: cuando obra y se comporta como obran las personas (p. 169). La manía devaluadora de la cultura afligida y la moral anoréxica tiene un remedio infalible: entender qué es la persona. Ser persona entraña un riesgo. El hombre corre el peligro de no llegar a la altura de su esencia personal. Se trata de un riesgo innato porque ser persona humana no es una obra acabada. Quedarse a medio camino es la espada de Damocles que pende continuamente sobre el ser de la persona. Se nace siendo persona para lograr ser persona creciendo continuamente. El título de la obra expresa soberbiamente esa concepción dinámica. La persona ha de tratar de serlo crecientemente en ascenso interminable viviendo siempre hacia arriba. «El hombre no puede dejar de procurar ser persona». Con esta fórmula breve expresa Polo la idea.

BIBLIOGRAFÍA

Mientras llega la anunciada *Antropología trascendental*, Polo ofrece en este libro nuevas averiguaciones sobre el misterio del hombre. El autor sigue en la línea de sus obras anteriores –*Quién es el hombre* (1991), *Presente y futuro del hombre* (1993), *Ética* (1996)– difundiendo un pensamiento original y profundo sobre la esencia del hombre. El lector interesado en saber quién es el hombre descubrirá buceando en las honduras teóricas del pensamiento de Polo dimensiones admirables tratadas con maestría, que le urgirán a seguir nadando a brazo partido por el oceano inmenso del saber antropológico en busca de la verdad, deseada y huidiza, sobre el gran enigma humano. La lectura le dará, se lo aseguro al lector, una gran fuerza teórica para hacer la travesía. ¿No es el mérito más grande de una obra filosófica apartar al pensamiento de la rutina trillada y hacer que se ponga en marcha con ánimo de aventura en busca de la persona?

José Luis del Barco

Polo, Leonardo: *Evidencia y realidad en Descartes*, Eunsa, Pamplona, 1996, 308 págs.

Se reedita ahora este libro de Leonardo Polo que ha estado durante muchos años agotado. Su primera edición se realizó en Rialp, Madrid, 1963, y que recoge la investigación llevada a cabo por Polo en la tesis doctoral.

En este libro Polo aborda en un intento de aclarar las nociones cartesianas de evidencia y realidad –*res*–. En ellas se sustenta lo que en Descartes hay de intención metafísica y se centra la aportación cartesiana a la historia de la filosofía, son pues, la innovación y el legado cartesiano. Aquí reside la gran importancia de Descartes, ejerciendo una influencia decisiva en todo el pensamiento europeo posterior con especial intensidad hasta Hegel.

Descartes es un innovador; en él algo se interrumpe y algo nace, con él se lleva a cabo la ruptura de la unidad de la Filosofía y se inicia la llamada filosofía moderna. Descartes ya no es un pensador que se pueda situar en la filosofía tradicional –filosofía sintética: en la medida en que recibe el pasado y lo incluye en sí misma, en la forma de desvelamiento de lo que en aquél era esbozo, aproximación y adivinación–, sino que